

verse del suelo, porque con el porrazo, se le habian hundido ó magullado las costillas. Pero no hubiera sido esto lo peor, sino que la mula de estas que ganaba el bosque, no volvian á juntarse con ella. Casi todo el dia duró la prueba de estos ginetes de nuevo cuño; pero la mayor parte de ellos corrieron la misma suerte que el anterior. ¡Qué hombres tan raros! Muchos de ellos tienen ciertas ideas en todo iguales á las de los gentiles comanches.

El dia 27 y los siguientes, hasta el 3 de Mayo, no ocurrió cosa particular; y solo diré para eterno oprobio de nuestros vencedores, que nos tenian espirando de hambre, tirados y durmiendo sobre el lodo, resistiendo al raso, continuos y muy fuertes aguaceros; siendo lo mas insoportable de todo, la insufrible hediondez que despedian los cadáveres del campo de San Jacinto; que no tuvieron la generosidad de quemar ó sepultar, como es costumbre muy antigua, siquiera por propia conveniencia de ellos y de los habitantes de las inmediaciones.

El dia 3 de Mayo, á las cuatro de la tarde, fuimos trasladados á otro campo, á una legua poco mas de distancia. Allí habia dos ó tres casas de madera; pero estas las ocupaban los generales vencedor y vencido, habiéndonos alojado á nosotros debajo de los árboles; aquí volvió á repetirse la misma comedia de intentarse el asesinato del general Cos. Permanecimos allí cuatro dias sin otra novedad particular.

El dia 7, á las cinco de la tarde, nos pusieron á bordo del estíbot Instone, donde se hallaba ya el general Santa-Anna, el presidente, el Sr. Zavala y otros personajes de categoría de su llamado gobierno; poco despues fué conducido en su propio catre el general Samuel Houston, que marchaba á Orleans á curarse de la herida que recibió en una pierna, en la accion de San Jacinto. Tambien se hallaba entre los de aquella comitiva el general mexi-

cano D. Adrian Woll, que en clase de parlamentario habia sido enviado de nuestro ejército. Este intrépido general, nuestro buen amigo, fué despedido de allí para que marchase á su destino, cerca de las oraciones de la noche; apenas pudo dar un abrazo á uno que otro de nosotros, sin poder hablar sino lo muy sucinto, porque nos hallábamos rodeados de guardas muy desconfiados y groseros, habiendo podido tanto á este valiente soldado, ver á sus compañeros de armas tan degradados y abatidos, que al ser puesto en tierra, le ví saltar las lágrimas á sus ojos de pura indignacion, y hubiera querido ser rayo para confundir á nuestros opresores, separándose de nosotros con el mayor sentimiento.

El comandante á cuya custodia nos entregaron á bordo, era, si no me equivocó, un médico; pero tan tirano y arreglado, que nos metió en un puño; á las oraciones de la noche ya no se nos permitió movernos de un lugar, y se nos obligó á dormir por fuerza desde aquella hora, sobre cubierta, donde era imposible que cupiéramos todos, sino colocados como panes de jabon, unos encima de otros; habiendo dado antes la precisa y terminante orden á sus centinelas, para que al que levantara la cabeza, se la volaran de un balazo; con esto, sin pensar ya en buscar agua para beber, ó hacer otra necesidad corporal, nos quedamos muy quietos y cabizbajos sin movernos en toda la noche, hasta que salió el sol el dia siguiente.

El dia 8 muy temprano, despues de los tres toques ó repiques de campana, que es costumbre en esta clase de buques, soltaron la máquina y echamos á navegar para el puerto de Galveston. Antes que se me olvide diré un pasage muy gracioso. Cuando el estíbot pasaba por frente al campo de San Jacinto donde fué la accion, formó la tropa, dando el frente para el espresado campo, pre-

sentaron las armas y batieron marcha, permaneciendo en esta posicion casi hasta que lo perdieron de vista. ¿Qué consecuencia podremos sacar de este pasage? Poco despues de las doce de la mañana llegamos á Galveston, y permanecimos allí en el rayo del sol el resto del dia.

Aquí tuvimos otro rato desagradable: la compañía de Kentucki se componia de los hombres mas baladrones, borrachos y provocativos del ejército tejano; y al cuidado de estos mansísimos corderos pusieron á todos los prisioneros, los que llevamos el mayor sobresalto. Qué sé yo por qué disputa se agarraron á los trompis algunos soldados, lo que á poco rato se convirtió en tumulto; unos les pegaban á estos, aquellos á los otros, los de mas allá echaban mano á los rifles ó á las pistolas, lo que por otra parte impedian los oficiales; estos fueron metidos tambien en la bola, y revueltos con los soldados, daban y recibian terribles trompadas: los soldados no reconocian oficial, gefe ni á nadie, y se volvió aquello un laberinto y una pendencia interminable; á los gritos, al mucho ruido y las patadas que daban sobre cubierta de la cámara, donde fué la tinga, se asustaron los señores que estaban dentro de ella, y salieron todos á ver lo que sucedia; pero estaban aquellos bribones tan acalorados en la lucha, que por mas voces que les daba su presidente y otros gefes, hacian tanto aprecio, como si les ladrara un perro. Nosotros nos quedamos sin movernos, temiendo que se propagase el desórden, y con este pretesto hubiera una tragedia. Por fin, despues de mucho tiempo, á garrotazos, y del modo mas enérgico, los puso en paz, y concluyó la historia, el valiente y muy bizarro capitán Hallen.

Al señor general Santa-Anna, lo trasladaron á bordo de la Independencia, y á nosotros, cerca de las oraciones de la noche, nos pusieron en tierra.

Por fortuna, encontré allí al teniente del batallon Jimenez, D. Carlos Ocampo, quien me franqueó café y galleta en abundancia, hasta quedar satisfecho del ayuno de dos dias á traspaso; tanto tiempo hacia que no nos daban una onza de alimento, nuestros filántropos bienhechores. Con D. Carlos Ocampo se hallaban igualmente presos, los paisanos D. Ramon Murga y D. Gil Hernandez, cuyos tres individuos fueron hechos prisioneros á bordo de un buque mexicano que asaltaron los tejanos; siendo increíble lo que martirizaron á Ocampo estos malvados, pues le ví las espaldas despedazadas y llenas de agujeros de resultas de mas de cien azotes, que le aplicaron atado á un cañon.

El siguiente dia 9, se nos señaló el terreno donde debiamos formar nuestro campo, esto es, los oficiales; y en éste, que no llegaba á cincuenta varas, permanecimos hasta mediados de Agosto. Infinitamente empeoramos de condicion en esta malhadada isla, porque no habia ni agua buena que beber, ni el recurso de los frondosos árboles bajo de los cuales nos habiamos alojado en los campos anteriores, subiendo mucho mas de punto la calor en estas tostadas playas, á la vez que muchos moscos, tábanos, cangrejos, huracanes de aire, fuertes aguaceros, y una multitud tan grande de asquerosas moscas, que dudo hubiera quedado una en toda la tierra, que no se hubiera ido á Galveston con nosotros; los cangrejos, aunque mordian, no eran ponzoñosos; pero, ¿qué importa, si nos corroian y ponian como un arnero nuestra miserable ropa, en términos de dejarla inservible! Y se domesticaron tanto estos animalitos, que en gruesas partidas vivian y dormian con nosotros. Tantos enemigos á un tiempo, era seguro que dieran con todos al traste; así es, que á los cuarenta dias no habia un prisionero en sana salud. Mas de siete ó ocho viviamos en una tienda; y ésta de las

diez de la mañana en adelante, la ponían los rayos del sol, reflejados sobre el lienzo, tan bochornosa, que su temperatura se ponía igual á la de un horno; de modo que al entrar en ella, sentíamos sofocarnos de calor; nadie podía permanecer mucho tiempo dentro de ella. El agua era de pozos que se abrían en la playa, de la laguna salada, de un gusto infernal, y siempre muy caliente.

Por lo que respecta á víveres, mientras duraron los de un buque que robaron á nuestra nación, cargado de ellos, no la pasamos tan mal; pero lo mismo fué acabarse estos, que nos pusieron á perecer de hambre.

La infausta noticia de San Jacinto, voló por todas partes; pero quienes la recibieron con los brazos abiertos, fueron cierta clase de hombres vagos, perdidos y llenos de crímenes, que se ocultan en la populosa Nueva-Orleans. Estos zánganos, oriundos de todo el mundo, no acababan de decidirse por la causa de Tejas, sin embargo de halagarlos, por la grandísima friolera de que Santa-Anna, con cerca de 6.000 mexicanos, se había internado ya por aquel país; ellos aguardaban el desenlace, porque no querían arriesgar el pellejo así como quiera, y por esto no se determinaban; pero lo mismo fué que supieran el desgraciado reves del día 21 de Abril de 1836, que subió de punto su patriotismo; y echando bravatas, corrían á filiarse y engrosar las filas de los rebeldes tejános, en calidad de aventureros ó voluntarios, embarcándose inmediatamente para unirse á su ejército; de ahí es, que frecuentemente llegaban buques procedentes de Orleans, bien cargados de esta maldita polilla; porque ya entonces sin riesgo, y sin otra contingencia, podrían disputar la legüilla de tierra cuadrada, y la posesión del país de la abundancia. Llegaban á las costas de Galveston, y luego que descubrían la rica tierra [*richiland*], la saludaban

llenos de entusiasmo, como otro Orestes á su amada patria; y entre los gritos de júbilo y alegría, por su feliz arribo, redoblaban los sorbos de su insoportable whiskey, esperándolo todo de los espesos bosques del fertilísimo Tejas.

Nosotros, era por la inversa; nos llenábamos de pesadumbre, cuando nos anunciaban que iban á llegar semejantes visitas, porque ya sabíamos por experiencia, que teníamos que sufrir multitud de impertinencias. Cada remesa que llegaba de esta canalla, se rodeaban de nuestro campo, la mayor parte borrachos; y como era preciso que empezaran á acreditarse de hombres de brio, y de acreditado patriotismo, nos llenaban de godemes, y qué sé yo de qué otras cosas. Nuestra catadura, desgraciadamente, era de lo mas ridículo; desaseados, macilentos, con la barba crecida, la mayor parte enfermos, algunos desgarrados y casi desnudos, de modo, que naturalmente buscábamos el modo de ocultarnos; pero de intento se nos martirizaba, formándonos entonces en ala, para que nada se escapara á la vista, crítica y escarnio de nuestros curiosos espectadores; los que precisamente formaban una idea tristísima de todos los mexicanos, juzgando por el modelo que se les ponía delante. Pues sin embargo de todo esto, y del estado indefenso en que nos miraban, no dejaron de proyectar asaltarnos dormidos alguna noche, con el caritativo objeto de asesinarlos. Dígalos D. Ramon Murga, que, como sabia algo el inglés, oyó lo que llevo dicho, y el general Cos, á quien mas de una vez se le dió cuenta de esto mismo, y quien tomaba la providencia de mandar llamar al comandante del punto para que le sirviera de gobierno, y redoblara la fuerza de nuestra escolta, y su vigilancia.

Entre los voluntarios, venían algunos individuos acomodados, es decir, con proporciones y buena educación,

ILLA ALFONSO

V. A. N. L.

con solo el objeto de conocer ó de ver á los prisioneros. A dichos señores los introducía á nuestro campo, el comandante, quien nos los presentaba con mucha atención y ceremonia; de donde, despues de un momento de conversacion, por algun intérprete, se mudaban á visitar la persona del Sr. D. Martin Perfecto de Cos. Este apreciable jóven, general mexicano, fué nuestro constante compañero y buen amigo, en la prision; aliviando cuanto podia á sus contemporáneos, particularmente á los enfermos, franqueándoles algun dinero, ropa, y cuanto se hallaba dentro de la órbita de sus facultades. Con generosa resignacion les salia al frente á todos los sucesos; y parece increíble que con sus atentos modales y fina educacion, hubiera quebrantado, digamos así, la feroz condicion de aquellos tigres, haciéndolos mas tratables y humanos con nosotros. El comandante de aquella fortaleza, coronel Morgan, era hombre duro, resuelto, y ecsaltado enemigo de los mexicanos; pero llegó á cobrarle tanto cariño á Cos, que se empeñó en mandar sacar su retrato; y como un presente particular, lo enseñaba á todos sus amigos. Manifestó tanta serenidad en su prision, que dos ó tres veces fué puesto en su presencia el fiero asesino, y éste, otras tantas, luego que lo miraba, arrojaba de sí el crimen atroz, le echaba los brazos, y se convertia en su amigo, á que correspondia lleno de nobleza, nuestro bizarro compatriota. Ni se diga, por esto, que lo adulo, pues estoy cierto que á mí ningun favor me hizo este general; por lo mismo, no debo ser sospechoso, cuando con luz de la imparcialidad voy alumbrando los hechos.

Llevo dicho antes, que permanecimos en Galveston hasta mediados de Agosto.

Efectivamente, el dia 16 de dicho mes, dormimos á bordo de una goleta, que no me acuerdo de su nombre; y el 18 llegamos á tierra á la villa de Anáhuac,

hasta el 25, sin novedad. De allí salimos á las cuatro de la tarde para la villa de la Libertad, diez leguas mas al interior de Tejas, á las órdenes, y bajo la responsabilidad del juez de aquella poblacion, Mr. William Hardin; llegamos el dia 28, y fuimos alojados en el corral de la misma casa de dicho juez Hardin, bajo un pequeño y frondoso bosque que hay allí. En este pueblo respiramos aires mas puros, disfrutábamos de un clima mas benigno, de agua potable muy buena que beber, de mucho mas desahogo y libertad; en suma, salimos de la insoportable fénula del terrible Morgan, y de los multiplicados insultos de la canalla voluntaria. Los víveres á muy poco tiempo concluyeron del todo, sin embargo de los repetidos reclamos y activas providencias que Hardin tomó para que nos proveyera de ellos su llamado gobierno; pero éste se hizo sordo, y no nos mandó ningunos, de modo que ya el hambre nos devoraba. Aquí debo decir, para honra y gloria de nuestro cónsul en Orleans, el Sr. D. Francisco Pizarro Martinez, que cuando nos hallábamos destituidos de alimentos, ropa, y de toda clase de recursos, en las angustiadas circunstancias de hallarnos la mayor parte postrados en cama de mucha gravedad, lidiando con las fiebres, los frios y las calenturas, reinantes en aquel pais desde el mes de Octubre al de Diciembre, tuvo la generosidad de remitirnos este digno mexicano, porcion de galleta muy buena, azúcar, café, chocolate, cajetas, algunas frazadas, y un vestido corriente á cada individuo, desde sombrero hasta zapatos; pudiendo asegurarse, sin riesgo de equivocarme, que este pequeño socorro fué tan oportuno, que nos volvió á la vida, tanto, que si hubiera tardado quince dias mas, no nos encuentra vivos á la mayor parte, como sucedió con diez de mis compañeros, que por la suma debilidad se fueron al sepulcro, antes de que llegaran dichos víveres.

Yo ignoro hasta el día, si nos ha pasado el Sr. Martinez el cargo correspondiente, ó fué de su propio bolsillo ese obsequio; pero creo, segun lo que allí se dijo, que es lo segundo.

Mr. Hardin dulcificó en cuanto pudo nuestra amarga situacion, se redujo á vivir en la peor de sus habitaciones para ceder las dos mejores para hospital de nuestros enfermos; estándolo él tambien, iba personalmente lleno de caridad á solicitarnos el médico, las medicinas y cuanto pendia de sus recursos; nuestras peticiones, que eran continuas, las oía con una paciencia inimitable; remediaba en el mismo instante las que podia, y las que no, lo ponian lleno de amargura. Solo por ceremonia mantenía de noche una ó dos centinelas, las que se retiraban al ser de día, permitiéndole á este ó al otro de los nuestros salir á pasearse por el pueblo. En el mes de Noviembre mandó hacer de su cuenta una hermosa galera de madera, para albergarnos de la intemperie, y muy particularmente de las fuertes tormentas de aguas, y del mucho frio. Con el trascurso del tiempo llegó á tomarnos un cariño extraordinario, y se afectaba tanto de nuestra desgraciada situacion, que mandó retirar enteramente el corto destacamento que nos custodiaba y nos entregó el pueblo por cárcel, y si algun borracho se tomaba la licencia de irnos á insultar, iba ó mandaba alguno de su familia que lo apercibieran y lo echaran fuera. Que siendo solo carne y sal lo que nos daba de racion, aun esta llegó á escasearse muchas veces, y en los dias mas tempestuosos, mas frios y con los campos hechos una laguna de agua y llenos de fango, salia nuestro pacientísimo Hardin personalmente á pié muchas veces con el rifle áuestas, á matar por sí la res y á mandarla descuartizada en carros á nuestro alojamiento. Algunos dias de los que nos quedábamos sin racion, que fueron varios, tenia cui-

dado su virtuosa esposa, de mandarnos grandes pedazos de carne y de jamon condimentados, con muy buenos pucheros de café, azúcar, pan de maiz, y cuanto mas cubria su propia mesa; y una ocasion quitó de las camas de su familia cinco ó seis colchas, para que se cubrieran otros tantos de nuestros desabrigados enfermos: pero ¿qué mas que habernos mandado repartir un día, media barriquita de galleta fina, única existencia que tenia para su gasto? y que la mantequilla, los camotes, el maiz y cuanto tenia en su casa, puede asegurarse que todo era para los prisioneros. ¡Oh, virtuosa familia, cuánta y cuán activa parte tomaste en aliviar y hacer menos desesperada nuestra situacion triste y menesterosa! ¡Oh, William Hardin, tu nombre y el de tu virtuosa esposa serán indelebles en la memoria de los prisioneros mexicanos, que, porque así lo quiso la suerte, sufrimos el inesperado descalabro de San Jacinto! Yo te ofrezco que aunque te halles revuelto entre los criminales enemigos de mi adorada patria, porque así lo quieres, ó porque ahí te ha colocado el destino, jamás dejaré de confesar y admirar tus sobresalientes prendas y extraordinarias virtudes.

¡Qué lástima que este honrado colono americano, se halle confundido entre los perversos, que con la mayor ingratitud han clavado el puñal á la mejor madre patria, que tan generosa los admitió en su seno, colmándolos de más beneficios que á sus propios hijos.

La noche del día 21 de Abril de 37, se dió un baile por los vecinos de la villa de la Libertad, al que fueron convidadas todas las familias de los colonos de las inmediaciones, de manera que estuvo muy concurrido.

Dicho baile fué promovido en celebridad del ensangrentado aniversario de las ilustres víctimas mexicanas, inmoladas en San Jacinto el 21 de Abril de 36. A esta criminal concurrencia tuvieron la desfachatez de convi-

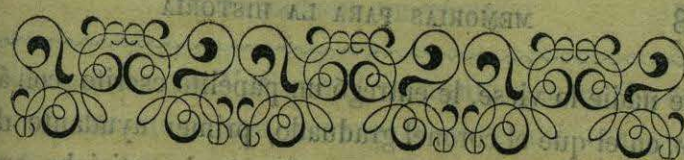
dar al general Cos, que por supuesto se escusó. No dejé de haber sus hablillas alarmantes contra los que habíamos quedado vivos, habiéndoselo dicho uno de ellos mismos al general Cos, que se tenía por hombre formal: esto no habría sido muy difícil, porque como todas las concurrencias de estos beodos, son dirigidas, mas ó menos escaltadas por el maldito aguardiente, pasamos la noche, como debía ser, llenos de inquietud; pero lejos de eso, los iluminó Baco para que hubieran hecho todo lo contrario. No hay mal que por bien no venga. La concurrencia, efectivamente, nos dijeron que había tratado mucho tiempo sobre el asunto de los prisioneros, hasta que vinieron á ponerse de acuerdo, para formar una representación, y elevarla á su gobierno, que firmaron hasta las señoras, pidiendo en ella que ó de una vez nos quitaran de en medio, ó se nos pusiera en plena libertad, porque las pocas vacas y víveres que les habían quedado, se los estábamos comiendo nosotros, y las miserias se multiplicaban de día en día, en términos de no quedarles á ellos ni lo muy preciso para el indispensable sustento de sus familias. En santa hora fué promovida semejante petición, pues por resultado de ella, fué decretada nuestra deseada libertad, habiéndosenos comunicado el memorable día 25 de Abril de 1837.

Hasta aquí fué mi ánimo concluir el diario de los sucesos mas remarcables de nuestra mil veces desgraciada campaña de Tejas, esto es, desde que pasamos el rio de los Brazos, teniendo el sentimiento de que se me hubieran extraviado los apuntes que llevaba de toda ella, la que hubiera sido feliz, si no se hubieran aglomerado multitud de ideas inconexas y precipitadas, hasta estrellarla en el horrendo escollo que le proporcionó la fuerza del capricho."

Hemos dado lugar á toda la relacion del coronel Delgado, así porque fué actor en aquellas tristes ocurrencias, víctima de las consecuencias á que dió lugar, y partícipe hasta el fin de los crueles padecimientos á que fueron sujetos todos los compañeros de aquella lamentable jornada, como por la naturalidad de su relato, que no respira mas que verdad y buena fé, y en esta persuasión nosotros nos abstenemos de todo comentario dejando en libertad al lector para que deduzca lo que mejor le parezca; en concepto de que para mas aclarar este asunto, hemos sido informados por el Sr. general D. Manuel Céspedes, refiriéndose al manifiesto del general Santa-Anna, en su página 66, de lo siguiente:

"Aunque el mal estaba hecho, creí al pronto repararlo. Hice reforzar con el batallon de Aldama la línea de batalla que formaba el batallon permanente de Matamoras, y organicé en instantes una columna á las órdenes del coronel D. Manuel Céspedes, compuesta del batallon permanente de Guerrero y piquetes de Toluca y Guadalajara, la que á la vez que el teniente coronel Luelmo, marchó de frente á contener el principal movimiento del enemigo: mas en vano hice esfuerzos: la línea se abandonó por los dos batallones que la cubrían, no obstante el sostenido fuego de nuestra pieza, que mandaba el valiente teniente D. Ignacio Arenal, y las dos columnas se disolvieron, herido el coronel Céspedes, y muerto el capitán Luelmo." "Las citadas dos columnas fueron destruidas por los tiros certeros de los enemigos, en términos que quedaron muertos en el campo de batalla, el teniente coronel de mi cuerpo, D. Agustin Peralta, toda la oficialidad y mucha parte de tropa, y los demas fueron heridos unos, y otros prisioneros. Perdida toda la fuerza que estaba á mis órdenes, y encontrándome herido de gravedad en el brazo izquierdo, me retiré, ello mas comprome-

tido, con direccion á nuestro campo, por no tener fuerza con que resistir á la de los enemigos, que se avanzaban precipitadamente. En mi retirada observé que nuestras tropas habian abandonado la única pieza que teniamos de artillería, y solo el general Castrillon se conservaba en su puesto, recibiendo una herida en aquellos momentos en que me manifestaba que toda nuestra tropa se habia desbandado, y por consiguiente todo estaba perdido por no haber esperanza de contener á los dispersos. Este fué el término de la desgraciada accion de San Jacinto, donde fuí hecho prisionero en union de otros compañeros que se me incorporaron á pocos momentos de internarme en el bosque cercano."



CAPITULO VII.

El general Filisola recibe la noticia de la desgracia de San Jacinto.—Sentimientos de los generales y gefes del ejército.—Ordenes para la concentracion de las tropas.—Se resuelve la repasa del rio por las tropas que debian marchar con el general Gaona.—Medidas de seguridad para verificarlo.—Un destacamento de caballería marcha para proteger los dispersos, y adquirir noticia de los enemigos.—Llega al rio el coronel D. Mariano Garcia con 100 hombres y algunas cargas.—Declaracion de los que se habian salvado de la sorpresa de San Jacinto.—Inferencias sobre el tamaño de la pérdida y suerte del general Santa-Anna.—Sobre el número probable de los enemigos.

Aumentada el día 22 la division del general Gaona hasta el número de mil hombres, con todo lo demas que se habia prevenido, se hallaba ya parte de ella del otro lado del rio, con dos piezas de á 4, sus municiones, las mulas de tiro y carga, &c., y se estaba activando la conclusion de la operacion con los demas que faltaban, que seguramente hubieran quedado en el resto del día, cuando á las tres de la tarde, le fué presentado por una ordenanza de la avanzada que estaba sobre el paso del rio, un soldado presidial, el que con disimulo para